

Austria á impedir los desembarcos de los ingleses en la costa de Toscana ú otra cualquiera, y hasta renunciaba á Salzburgo y las provincias bávaras, cuya posesión se le reconociera en Campo Formio, debiendo recibir en cambio ciertas compensaciones en Italia, que ulteriormente se fijarían. Si el Emperador no ratificaba este tratado antes del quince de Agosto, se romperían otra vez las hostilidades.

El cinco de Agosto se presentó el conde de Saint-Julien en la cancillería de Estado de su país con el flamante convenio, y Thugut al enterarse de lo sucedido, se puso fuera de sí. Encerróse al incauto diplomático en una fortaleza y se convocó á todos los ministros, queriendo evitar Thugut que el emperador, oyendo aisladamente á cada uno, se inclinara á la opinión del último que le hablase. Reunido el Consejo, Thugut observó que, teniendo lord Minto dispuesto un correo para despacharlo á Londres, era de suma importancia comunicar á Inglaterra la decisión del Emperador, cualquiera que fuese, «ya para dar al asunto apariencias de buena fe, ya para impedir que los franceses, fieles á su sistema de perfidia enviasen al gobierno británico una relación desfigurada de los hechos, cosa que podría traer á Austria graves complicaciones con aquel gabinete.» Aceptó el Emperador el criterio de su primer ministro, y se convino en declarar nulo el tratado, partiendo el once de Agosto el conde de Lehrbach con una carta para Talleyrand, en la que así se hacía constar, fundándose en la falta de poderes de Saint-Julien. Sin embargo, á Austria no le convenía un rompimiento inmediato, y le interesaba aparecer á los ojos de todos como deseando la paz más sinceramente que Bonaparte, por lo que proponíase á Francia, en la misma carta, la reunión de un congreso en Luneville ó en Sellettstadt, donde plenipotenciarios nombrados por los tres gobiernos, el austriaco, el francés y el de la Gran Bretaña, pudiesen entablar negociaciones directas.

Mucho se irritó Bonaparte al tener noticia el quince de Agosto de la desautorización del tratado de Saint-Julien por la corte imperial, y su primer pensamiento fué declarar fenecido el armisticio, tanto en Italia como en Alemania. Calmóle Talleyrand, demostrándole que no había motivo verdadero para llamarse á engaño, y entonces exclamó: «Está bien; proseguiremos las negociaciones, pero apoyándolas con la fuerza de las armas.» No opuso reparos á que Inglaterra estuviese representada en el congreso, siempre, sin embargo, que otorgara una tregua en la guerra marítima. Su intención era clara: mediante dicha tregua habría podido Francia abastecer á Malta y mandar refuerzos á Egipto. Lord Grenville contestó que su gobierno asistiría al congreso, pero que, en lo tocante á la tregua que de él se solicitaba, sólo accedería á que se tratase á Malta y Alejandría (la de Egipto) como á Ingolstad, Ulma y Filipsburgo, respecto de las cuales se había estipulado que cada diez días se introdujeran los víveres necesarios para el consumo durante igual espacio de tiempo. Bonaparte replicó que se reservaba el derecho de enviar á Egipto seis fragatas, sin que su cargamento fuese objeto de examen por parte de nadie, y como

no ignoraba que nunca asentiría á esto la Gran Bretaña, ordenó á Moreau que denunciase el armisticio si no se ponía inmediatamente en posesión de las fortalezas de Filipsburgo, Ulma é Ingolstad al ejército francés, que las retendría hasta que se firmase la paz.

Austria se aplicaba con ardor á aumentar sus medios de defensa. Melas y Kray quedaron de cuartel, pero en su sustitución hubo poco acierto, nombrándose para acaudillar las tropas de Italia al general Bellegarde, que había sido batido tan vergonzosamente en los Grisonos y Alejandría, y el mando de las de Alemania se dió, no al archiduque Carlos, que continuaba disgustado en Praga, sino al archiduque Juan, hermano del Emperador, joven de diez y seis años, sujetándole expresamente á la condición de seguir en todo la línea de conducta que le trazara el general Lauer, responsable del desastre de Bassano. Además, aunque se logró reunir bastantes hombres, eran en su mayoría soldados bisoños, faltos en absoluto de hábitos militares. La situación de los ejércitos austriacos era deplorable, y cuando en el mes de Septiembre el Emperador revistó en persona el de Alemania, escribió desalentado á Colloredo: «Si hay que volver á empezar la guerra, será para nosotros un juego de azar tan peligroso que de todo corazón deseo que pueda evitarse el rompimiento». Tal era el estado de ánimo del Emperador al participarle el diez y ocho de Septiembre el general Moreau que el veintidos terminaría el armisticio, si antes no se le entregaban las plazas que hemos citado. Por dura que fuese la exigencia, hubo que someterse á ella, vista la imposibilidad de reanudar la lucha, y á este precio se consiguió prorrogar la suspensión de armas por cuarenta y cinco días: el convenio se firmó en Hohenlinden. Thugut, á quien no se había consultado, montó en cólera al conocer lo sucedido, presentando su dimisión, que le fué admitida en términos sumamente honrosos; mas al poco tiempo tuvo que recoger la dirección de la policía, aunque con carácter provisional, por haberse designado á Cobenzel, que le reemplazó, como representante del Emperador en Luneville.

Cobenzel llevaba instrucciones, fechadas el diez de Octubre y redactadas por él mismo, donde se expresaban con claridad las concesiones que Austria se hallaba dispuesta á hacer así en Italia como en Alemania, debiendo servir de base á las conferencias el compromiso de prorrogar nuevamente el armisticio y el de admitir á Inglaterra á las negociaciones, si bien en este último punto se había advertido al ministro que nadie estaba obligado á lo imposible, facultándole, por tanto, para que, en el caso de condescender Francia á la mayor parte de las proposiciones y de evidenciarse al par que no se llegaría á una inteligencia con la Gran Bretaña, decidiese, de acuerdo con el embajador de este país, si era más favorable á la causa común el exponer á Austria otra vez á las contingencias de la guerra ó el permitirle rehacerse en la paz y ponerse en condiciones de volver á ser aliada útil de Inglaterra. Bonaparte nombró representante de Francia á José, su hermano primogénito.

Recibieron á Cobenzel, al pisar el suelo de la República, con salvas de artillería y lo dieron escolta de honor. No estaba aún en Luneville José Bonaparte cuando se presentó el enviado del Emperador, á quien dijo el comandante militar, general Clarke, que el primer Cónsul anhelaba vivamente verle en París mismo. Algo dudó Cobenzel, antes de determinarse á tomar el camino de la capital; pero al fin se dirigió á ella sin consultarlo con su gobierno. Tenía prisa por saber qué ventajas brindaría Francia á su patria, si se ajustaba la paz prescindiéndose de Inglaterra. En el trayecto encontró á José, que regresó con él á París. Varias conferencias celebró el plenipotenciario austriaco, ya con Bonaparte, ya con Talleyrand, sin ningún resultado. El primer Cónsul se quejaba de que el gabinete británico le había hecho perder mucho tiempo en las infructuosas negociaciones seguidas para pactar la tregua marítima, y que, de consiguiente, no era posible prorrogar el armisticio: respecto á la asistencia de aquél al Congreso, se mostraba inexorable, no había que pensar en ella. En lo concerniente á Italia, Talleyrand hizo al Conde de Cobenzel ofrecimientos muy precisos: reconocíase á Austria el derecho de poseer todo el país hasta la Chiesa y, además, Ferrara, reservándose Bolonia y la Romaña al gran duque de Toscana, Toscana al duque de Parma, y Parma y Módena á la República Cisalpina, ó bien, cediéndose Bolonia al rey de Cerdeña y, entonces, el Gran Duque conservaría á Toscana. José instaba á Cobenzel para que aceptase sin titubear. «Cuanto más tardéis en decidiros, le decía, mayores serán las exigencias». Era un buen consejo, que el Conde debió haber atendido. La intervención de Inglaterra en el congreso parecía afectar el carácter de obstáculo insuperable. Bonaparte, en sus conversaciones con Cobenzel, apelaba alternativamente, según su costumbre, ya al halago, ya á la violencia; pero el enviado del Emperador, á quien esta táctica era familiar desde Passeriano, oponía igual resistencia á la seducción y á la amenaza. Un día, estando en la *Malmaison*, las palabras del primer Cónsul adquirieron un grado de virulencia tan extraordinario, que la ruptura se presentó como inevitable. «Sois, dijo increpando á Cobenzel, modelos de perfidia y mala fe y no más que simples satélites de Inglaterra; ésta se propone eternizar la guerra, y si persistís en no separar vuestra causa de la suya, haré que mis ejércitos avancen». El Conde contestó que si Francia atacaba, el Imperio se defendería. «Pues bien, prosiguió Bonaparte, sólo la guerra puede ventilar nuestra querrela». — «Es verdad, sólo la guerra, repuso su interlocutor, y en cuanto á mí, agregó, me vuelvo á Luneville, después de haber respondido á vuestra invitación y de haberos escuchado». Acto seguido se dirigió hacia la puerta: el primer Cónsul le llamó para advertirle que no necesitaba detenerse en Luneville, porque no tenía pensamiento de continuar las negociaciones. «Tan pronto como me lo comunicuéis oficialmente, regresaré á mi patria», replicó Cobenzel. — «Ahora os concedía hasta el Chiesa, exclamó Bonaparte furioso; en adelante no tendréis ni aun el Adige. Hace cuatro años perdoné á Viena, porque no podía convertirla en República; ahora, seré

implacable. Si os negáis á firmar la paz por separado, habrá un congreso general á que asistirán Prusia y Rusia, con las cuales entro en tratos; veremos entonces qué es de vuestras pretensiones.» El Conde declaró que esta eventualidad no le asustaba, y abandonó sin más ceremonia la sala y el castillo. Al día siguiente, Talleyrand se mostró más conciliador prometiendo á Austria, además de Ferrara, la línea del Oglio; por desgracia, Cobenzel se forjaba la ilusión de alcanzar condiciones más ventajosas y contestó con una repulsa, insistiendo en no negociar sino en Luneville y con asistencia de la Gran Bretaña. — «La guerra, pues; concluyó el mismo Talleyrand.» — Aún, no obstante, quedaban esperanzas de arreglo, porque José y Talleyrand habían recabado del primer Cónsul que se hiciera en Luneville la última tentativa en obsequio de la paz, aunque no lograron que desistiese de despachar correos con la orden de denunciar el armisticio. Así se lo comunicó José á Cobenzel, al anunciarle que iba á partirse á Luneville; pero, añadió: «Tenemos aún quince días de plazo, que aprovecharemos lo mejor posible.»

Reunidos ambos plenipotenciarios en Luneville, José sometió á la aprobación de su colega unas bases de paz totalmente nuevas, como si fueran obra personal suya, por más que respondía del asentimiento de su hermano. Cobenzel, indeciso en vista del giro inesperado que tomaba el asunto, consultó á su gobierno, acompañando á la proposición su informe favorable. En Viena, la denuncia del armisticio formulada por Moreau, con arreglo á las instrucciones de Bonaparte, y la noticia de que el veintiocho de Noviembre reanudaría las hostilidades el general francés, habían hecho resaltar á los ojos de todos la gravedad de las circunstancias. En su consecuencia, el Emperador no vaciló, y el día veinticuatro autorizó á Cobenzel para que aceptase el programa de José en la medida que estimara conveniente. Este pleno poder no llegó hasta el dos de Diciembre á manos del Conde, el cual, no muy satisfecho con la pesada carga que echaba sobre sus hombros, discurrió salvar su responsabilidad proponiendo á José la celebración de un tratado secreto, redactado á tenor de sus recientes miras, que se publicaría cuando feneciese el pacto de alianza austro-inglés, no produciendo por el pronto otro efecto que el de una nueva suspensión de armas. Pero Cobenzel había dejado pasar el momento propicio, y ya Moreau ponía en la balanza, como Breno, el peso de su espada.

El desconcierto del Imperio alemán había llegado á su colmo. El elector de Baviera prorrumpió en sollozos al recibir la noticia de la entrega de Ingolstadt, por virtud de la convención estipulada en Hohenlinden, y dijo: «¿Quién podría censurarme ahora si ajustase la paz con los franceses?»; y si no la ajustó, hubo de temer que se concertase á costa suya, y así, envió un emisario á París para que vigilara de cerca las negociaciones de Austria, sabiendo con satisfacción que Bonaparte reservaba á Baviera un buen lote en el reparto del Imperio que meditaba. Los Estados bávaros demostraron aún más impaciencia, y su presidente declaró al príncipe, en nombre de ellos, la necesidad de romper la

alianza con Inglaterra y restablecer la buena armonía con Francia, previniéndole que, si desatendía sus deseos, estaban dispuestos á instituir un Directorio que, bajo la protección de Moreau, garantizase la seguridad del país: consecuencia de esta actitud fué que se licenciara el cuerpo de ejército bávaro concentrado en el alto Palatinado. Y no se distinguieron los restantes Estados alemanes por su mayor constancia en sostener la causa común; bien al contrario, dieron pruebas de su pusilanimidad y se apercibieron á tomar otros rumbos aun aquellos en cuyo apoyo debía tener especial confianza el gobierno de Viena. El elector de Maguncia manifestó que le era imposible proporcionar nuevos auxilios, y el de Colonia, tío del Emperador, restituyó á sus hogares el contingente de Munster, dándose orden análoga á las tropas de Deutchmeister y Schawarzenberg; suabos y wurtembergeses desertaban á centenares; en una palabra, era indudable que había sonado la hora de la disolución del Imperio romano-germánico.

Moreau comenzó á mover sus tropas el veintiocho de Noviembre, conforme había anunciado, cumpliendo las instrucciones que le comunicaran de París: los austriacos hicieron lo mismo. Todos se figuraban que el archiduque Juan se limitaría á defender el paso del Inn; porque, escudado con esta barrera natural tan excelente, su posición era casi inexpugnable. El general francés, participando de la opinión común, se preparó á pasar dicho río; pero antes, fiel á su sistema previsor y prudente, destacó el cuerpo de Saint-Suzanne á Ingolstadt para cubrir su retaguardia por el lado del Danubio, donde estaba Klenau con veinte mil hombres, y apoyar en caso necesario á Augereau, el cual operaba en Franconia contra Simbschen, que tenía á sus órdenes treinta mil; en la extrema derecha, aunque á menor distancia, defendía su ejército de cualquier ataque por parte de Iller, acantonado en el Tirol, con otros treinta mil la división del general Lecourbe. Seguro, pues, de no ser sorprendido por los flancos ni por la retaguardia, dictó Moreau las medidas oportunas para que sus huestes intentasen atravesar el Inn por tres puntos: el ala derecha, con Lecourbe, por Rosenheim; la izquierda, que mandaba Grenier, por Wasserburgo, y el centro, bajo su dirección personal, por Muhlendorf. Pero el archiduque Juan, que admiraba el genio de Bonaparte y se proponía imitar su táctica, había adoptado, no sin el consejo favorable y siempre funesto de Lauer, el plan de pasar el Inn por Muhlendorf, envolver á los franceses por el Noroeste y obligarles á desalojar la Baviera. Era un plan de la antigua escuela, que no contaba para nada con los movimientos del adversario. Ocurrió, por tanto, que Grenier, que se encontraba el primero de Diciembre en Ampfing, á dos leguas de Muhlendorf, fué acometido de pronto por una fuerza enemiga que doblaba en número á la suya. Aunque á Grenier le sorprendiera el inesperado ataque, lo afrontó con gran firmeza, y secorrido oportunamente por una división del centro, retiróse en perfecto orden por el camino de Munich. A Moreau no le produjo menor asombro que á Grenier la presencia del enemigo; sin embargo, en vez de desconcertarse, se alegró mu-

cho de que los austriacos renunciaran á proteger el Inn. Inmediatamente tomó sus disposiciones. Unas leguas antes de Munich, el camino de Muhlendorf se interna, cerca de Mattenpet, en el intrincado bosque de abetos de Ebersberg; tuerce en seguida al Oeste, á través de espesos tallares, y desemboca á poco, hacia la mitad del bosque, en el lugar de Hohenlinden, situado en una meseta descubierta. Moreau colocó en este punto las divisiones de Grenier, aumentadas hasta cuarenta mil hombres con parte del centro, juzgando acertadamente que podrían, favorecidas por los árboles y la fragosidad del terreno, oponer fuerte resistencia aun luchando contra fuerzas muy superiores, y dió á Richepanse y Decaen, que estaban entonces en Ebersberg y Zornolding, á dos horas al Sur del camino de Muhlendorf, la orden de girar al Norte, hacia Mattenpet tan pronto como los austriacos penetraran en la espesura, cayendo sobre la retaguardia enemiga y decidiendo la suerte de la jornada. Este plan, por su misma sencillez, era de resultados infalibles, tanto que los generales de Moreau celebraban de antemano la victoria, que no les ofrecía el más pequeño asomo de duda.

En el cuartel general austriaco, despertó gran entusiasmo el supuesto triunfo de Ampfing, creyendo que habían derrotado buena parte del ejército contrario y que ya sólo les faltaba desbaratar su retaguardia persiguiéndole sin darle tiempo á rehacerse. Engañado de este modo, mandó el Archiduque que todas las divisiones marcharan en dirección á Hohenlinden, yendo él por el camino de Muhlendorf, que era propiamente un desfiladero, con el centro, compuesto de diez y siete mil hombres; por la derecha, el general Kinmayer, al frente de veintisiete mil, y por la izquierda, cruzando campos y bosques, el general Riesch, con diez y siete mil: si Kienmayer y Riesch no podían conducir su artillería á causa de lo mojado que estaba el piso, pues nevaba copiosamente, debían dejarla atrás ó enviarla por el arrecife.

A las siete de la mañana del día tres, apareció la cabeza de la columna austriaca enfrente de Hohenlinden. Moreau, secundado por Grenier, Ney y Grouchy, se limitó á contener al enemigo, mientras Richepanse operaba su movimiento sobre Mattenpet y los austriacos se internaban más en el desfiladero. Había ya rechazado dos ataques sucesivos de los imperiales, cuando observó que éstos vacilaban, señal evidente de la presencia de Richepanse. En el acto, reunió en una masa las divisiones de Ney y de Grouchy, que se arrojaron camino adelante con empuje irresistible. Ney arrolla á los austriacos, que se dispersan en el bosque, en medio del desorden más espantoso, y sigue avanzando sin que nadie se atreva ya á disputarle el paso; á mitad del camino, entre Muhlendorf y Hohenlinden, sus soldados lanzan gritos de alegría, dándose de cara con los de Richepanse, y los dos cuerpos del ejército francés se unen á través del enemigo, abrazándose en el campo de batalla tan gloriosamente conquistado. Richepanse había encontrado en su marcha el cuerpo de Riesch, pero comprendiendo la importancia de la operación que se le había